

Prólogo

MARTÍN LIENHARD
Universität Zürich

Este volumen reúne una veintena de estudios que fueron presentados originalmente en el coloquio internacional *Violencia urbana, los jóvenes y la droga/Violência urbana, os jovens e a droga: América Latina y/le África*, realizado en 2011 en el Centro Stefano Franscini de Monte Verità, Ascona (Suiza), bajo la coordinación de quien escribe¹.

Un espacio: la ciudad –en particular sus zonas periféricas–. Un fenómeno: la violencia (tendencialmente) criminal que se ha venido desarrollando en ese espacio a lo largo de las últimas décadas. Un objeto de compra-venta y consumo: “la droga”. Especialmente la cocaína,

-
1. Este coloquio fue el sexto de los “encuentros de Monte Verità”, todos dedicados a estudiar –a partir de temas cambiantes– de qué manera los sectores subalternos latinoamericanos (y africanos, en cuatro de los seis coloquios) se enfrentan con la modernización y la globalización. Las actas de los coloquios anteriores, todas coordinadas por quien escribe, fueron: 1. *Culturas marginadas y procesos de modernización en América Latina/Culturas marginalizadas e processos de modernização na América Latina* (Genève, Société Suisse des Américanistes, 1996); 2. *La memoria popular y sus transformaciones/A memória popular e suas transformações. América Latina y/le países luso-africanos* (Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2000); 3. *Ritualidades latinoamericanas. Un acercamiento interdisciplinario/Ritualidades latino-americanas. Uma aproximação interdisciplinar* (Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2003); 4. *Discursos sobre (l)a pobreza. América Latina y/le países luso-africanos* (Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2006); 5. *Expulsados, desterrados, desplazados. Migraciones forzadas en América Latina y África/Expulsos, desterrados, deslocados. Migrações forçadas na América Latina e na África* (Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2011).

mercancía-fetiché de un vasto comercio ilegal que marca y trastorna la economía, la política, las condiciones de vida y la cultura de sociedades enteras, y que constituye un factor mayor en el surgimiento y/o la permanencia de la violencia urbana actual. Un grupo social frágil: los jóvenes –en particular los que crecen y viven (o sobreviven) en los barrios marginales de las ciudades–. Ellos son quienes, a menudo, hacen de protagonistas y/o víctimas principales de la violencia urbana. Y, por fin, un área histórico-geográfica: América Latina y África (en particular la África portuguesa).

En las últimas décadas, las ciudades del *Global South* –entre ellas las de América Latina y África– se han convertido en escenarios de una violencia preocupante, una violencia a menudo asesina cuya manifestación más espectacular –y también más mediática– son el sicariato y los sangrientos enfrentamientos entre grupos rivales de traficantes de droga. Lejos de limitarse a tales sucesos sangrientos, esa violencia, cuya relación con el narcotráfico y/o la drogadicción es evidente pero no mecánica, permea igualmente, bajo formas más “cotidianas”, las relaciones barriales, grupales, familiares y de pareja.

Detrás de las manifestaciones concretas –“subjetivas”– de la violencia urbana está, si damos crédito a Slavoj Žižek, la violencia sistémica –“objetiva”– que emana del capitalismo globalizado: “it is the self-propelling metaphysical dance of capital that runs the show, that provides the key to real-life developments and catastrophes” (Žižek 2008: 11). Si bien la violencia “objetiva” del capitalismo puede efectivamente ser la causa última de la violencia “subjetiva” que actualmente se despliega en las ciudades latinoamericanas o africanas, las causas inmediatas –casi siempre difíciles de identificar– son mucho más específicas. Roberto Briceño-León, sociólogo venezolano, propone una útil distinción entre factores que *originan* la violencia (en primer lugar la desigualdad económica y social), factores que la *fomentan* (como la segregación social o la cultura de la masculinidad) y factores que la *facilitan* (entre otros el acceso a armas de fuego). Refiriéndose a la “nueva violencia urbana” en América Latina, el mismo sociólogo explicita el desafío que constituye el estudio de este fenómeno:

La nueva violencia urbana de América Latina es un reto para los estudios sociológicos, pues obliga a redefinir muchos de los conceptos y de las teorías que hemos heredado sobre la organización social y el comportamiento de los individuos. Esta necesidad de desarrollar teorías apropiadas para comprender la violencia se vuelve ineludible, tanto por la urgencia de responder a la singularidad que ha tenido América Latina como sociedad, así como por la necesidad de dar cuenta del proceso de globalización que ocurre en el mundo y en la región. Es decir, tanto la singularidad cultural y social previa de la violencia autóctona, como los nuevos factores que afectan la mundialización de la violencia (Tavares dos Santos 2002) se combinan para generar este fenómeno singular que es la nueva violencia urbana de América Latina. La gente mata y muere por esa singular combinación de los factores tradicionales y globalizados: por la cultura del honor rural y los zapatos de moda del jugador de básquetbol norteamericano; por la miseria de siempre y por la nueva, la que surge del empobrecimiento que produce la nueva economía, capaz de reportar crecimiento económico e incremento del desempleo al mismo tiempo. La nueva violencia se corresponde con la nueva sociedad que ha surgido en América Latina (Briceño-León 2002: 48-49).

La “miseria de siempre”², de por sí, no origina violencia: la historia de la humanidad lo demuestra. Los pobres se sublevan –o contemplan la posibilidad de sublevarse– cuando adquieren conciencia de que su miseria es el producto de un sistema económico-político-social injusto que los condena a seguir en la miseria, mientras que a otros les permite acumular riquezas. La “nueva miseria” a que alude Briceño-León no es solo el resultado del empobrecimiento provocado por la economía globalizada, es decir, una miseria más acentuada, sino también la “miseria relativa”³ que puede sentir un joven oriundo de un barrio marginal cuando, por ejemplo, compara los precios de los artículos “de moda” –o sea, de adquisición poco menos que obligatoria en su contexto sociocultural– con su inexistente o reducido poder de compra. A

-
2. En rigor, la “miseria de siempre” no existe; siempre hubo no sólo muy diversas formas de “pobreza”, sino también muy diversos *discursos* sobre la pobreza, muy diversas maneras de enjuiciarla. Véanse a este respecto los trabajos reunidos en el volumen *Discursos sobre (l)a pobreza* (Lienhard 2004).
 3. Estoy adaptando aquí la noción de “miseria de posición” (diferente de la “miseria de condición”), el tema-base de *La misère du monde*, libro coordinado por Pierre Bourdieu (1993).

diferencia de lo que solía suceder en un pasado más o menos remoto, los jóvenes, en el mundo globalizado de hoy, no aceptan ya ni la “miseria de siempre” ni esa nueva miseria relativa: la falta de acceso a los bienes de consumo más publicitados o prestigiados. Desean llegar a “ser alguien”. Por eso mismo, la existencia del narcotráfico con las posibilidades de enriquecimiento inmediato que promete es, sin duda, uno de los factores que *fomenta* la violencia juvenil. Pero el narcotráfico, que existe en todas partes y que implica siempre, aún cuando no provoca situaciones de violencia abierta, una especie de violencia sistémica propia, latente, tampoco explica de por sí el surgimiento de una violencia abierta y asesina⁴. Para entender por qué y cómo se desencadena un proceso de violencia urbana cabe considerar muchos otros factores como, entre otros y sin jerarquizar: el abandono de los niños por parte de sus padres⁵; la dificultad de acceder a una formación profesional; la estigmatización automática de los jóvenes organizados en “tribus urbanas”⁶; la falta endémica de trabajo; la exclusión creciente que afecta a los sectores sociales “inútiles”, marginales, en el marco de la actual coyuntura económica; la violencia estatal (en general) y policial (en particular)⁷; la corrupción generalizada de los diferentes órganos del Estado; la multiplicación de las mafias; la impunidad (fomen-

-
4. En los países más desarrollados de Europa, donde el consumo de la cocaína es alto, el tráfico no suele provocar muchas manifestaciones de violencia abierta.
 5. Véase a este respecto, por ejemplo, la contribución de Alice Sophie Sarcinelli.
 6. Tres de los trabajos de este libro enfocan específicamente el fenómeno de las “tribus urbanas”: el de Marco Lara Klahr sobre las *maras* de El Salvador, el de Redy Wilson Lima sobre los *thugs* en la ciudad de Praia (Cabo Verde) y el de Sílvia Roque sobre grupos de jóvenes en Bissau (Guiné-Bissau). Como lo sugieren los tres autores, el grado de violencia que alcanza el comportamiento de tales grupos depende menos de su “ideología” que de los procesos políticos, económicos y sociales con que se ven enfrentados a nivel local.
 7. En su “Crítica de la violencia”, Walter Benjamin (1965 [c. 1921]: 43-47) define la violencia policial por su naturaleza a la vez *rechtserhaltend* (garantizadora del derecho) y *rechtssetzend* (definidora del derecho). El “derecho” de la policía, explica Benjamin, “designa en el fondo el punto en el cual el Estado, sea por su impotencia o a raíz de las condiciones inmanentes del orden jurídico, ya no puede garantizar mediante el orden jurídico las metas empíricas que busca alcanzar a cualquier costo” (trad. mía). Esta observación esclarece bien, a mi modo de ver, las complejas relaciones entre el Estado “de derecho” y sus fuerzas represivas.

tada a su vez por la corrupción); la expansión –apoyada a menudo por cierta cultura masiva– de paradigmas de conducta violentos.

La violencia juvenil, claro está, es un comportamiento socialmente negativo; cuando no se produce, esto no significa, sin embargo, que los problemas capaces de provocarla no existan o hayan dejado de existir. Como lo explica Sílvia Roque en su trabajo,

a não existência de determinados tipos de violência pode [...] ser o resultado também da violência quotidiana e rotineira que desumaniza, nomeadamente da repressão político-militar, e do enquadramento permanente dos jovens nas lógicas de dependência, patrimonialismo e paternalismo que ditam o acesso aos recursos e a um estatuto valorizado, incluindo a ajuda internacional. Em lugar de reacções violentas, assistimos assim à reprodução de uma lógica de desesperança perante a qual as soluções mais óbvias para o futuro dos jovens são fugir ou esperar.

En varios lugares cabe considerar, entre las posibles “causas estructurales” de la violencia actual, la existencia de conflictos armados de larga duración –como los que tuvieron lugar en Centroamérica, Colombia, Perú, Angola y Mozambique–. Tales conflictos, al provocar el éxodo de las poblaciones amenazadas por los grupos armados, contribuyeron a acelerar desmesuradamente el crecimiento las ciudades, transformándolas en espacios caóticos, socialmente frágiles, carentes de infraestructuras urbanas y con pocas posibilidades de empleo estable. Luanda, al pasar de 600 000 habitantes en 1974 a 2 571 000 en 2000 y a 5 000 000 en 2011, tal vez sea el ejemplo más espectacular de este fenómeno. A esto se agrega el hecho de que los jóvenes que regresan de una experiencia militar (la cual, en el caso de cierto número de migrantes centroamericanos, puede haber sido su participación en las guerras de Irak o Afganistán) tienden a reproducir, en la ciudad, el comportamiento violento al cual se acostumbraron en la guerra. Como lo muestra el estudio de Bóia Efraime Júnior. (en este volumen), la terapia postraumática que en Mozambique se aplica a los exniños-soldados no es solo una terapia a posteriori, sino también, en tanto prevención de la “transmisión transgeneracional del trauma”, una medida importante de cara al futuro.

Las causas de la violencia urbana son, pues, muy diversas o, más exactamente, el resultado de combinaciones variables de diversos fac-

tores cuyo impacto depende, en gran medida, de los procesos económicos, políticos y sociales que se van desarrollando, en un momento determinado, a nivel regional, nacional e internacional; un papel importante lo desempeñan también, claro está, las decisiones políticas y político-policiales que los diferentes gobiernos van tomando. Los dos trabajos largos que encabezan este libro, el de Alba Zaluar sobre la “guerra” en las favelas de Río de Janeiro y el de Marco Lara Klahr sobre las *maras* en El Salvador, permiten hacerse una idea general de la diversidad de factores que intervienen en el estallido y la reproducción de determinadas situaciones de violencia.

¿Pero de qué estamos hablando cuando hablamos de “violencia urbana”? Vale la pena, antes de seguir, interrogarnos acerca de la consistencia de esta noción. En rigor, la “violencia urbana” —también la “nueva violencia urbana”— es una nebulosa. A este respecto, el sociólogo mexicano Nelson Arteaga Botello escribe lo siguiente:

Si en un principio el problema era localizar qué se encuentra atrás de la violencia y la inseguridad, esta pregunta ha sido matizada por otras cuestiones que intentan escudriñar en los mecanismos que hacen posible que el tema de la violencia y la inseguridad se abran un camino en la agenda política y social del país. De esta forma, se ha sumado al intento de explicación causal de la violencia, un esfuerzo por comprenderla como fenómeno simbólico, discursivo. Esto representa un cambio en el propio entendimiento de la violencia; si bien es cierto que el primer tipo de explicación permite mensurar las dimensiones de su constitución, las cifras tienen una limitante porque, como señala Rotker (2000), aquellas se vuelven imagen y sonido hueco, canto repetido y gastado por la rutina; por tanto, conviene observar la construcción del fenómeno de la violencia como efecto de temores, ansiedades y discursos porque esto le devuelve al fenómeno su sustrato como construcción social, más allá de los efectos anónimos que la producen; incluso, es precisamente cuando las perspectivas se suman que los datos “duros” que se tienen de la violencia adquieren una nueva dimensión y se transforman en actores y testigos presenciales de su conformación (Arteaga Botello 2002: 10-11).

No se trata, ni mucho menos, de negar la realidad de los hechos a menudo sangrientos que configuran lo que llamamos “violencia urbana”, sino de dejar claro que esta, en rigor, es una “construcción social”: un concepto creado colectivamente por medio del discurso. En esta

construcción intervienen, en particular, el discurso oficial, los diferentes discursos partidistas, el discurso policial, la investigación social y cultural, la prensa, la televisión, el cine (documental y de ficción), el *show business* musical. Sea desde posiciones críticas o, al contrario, cercanas a las de la cultura de masas, la literatura también contribuye a configurar la “violencia urbana” en el imaginario social.

Hablando de lo que Mike Davis (2006) calificaría de *planet of slums*, Slavoj Žižek (2004), provocador como siempre, sugirió ver en los “favelados” el nuevo sujeto revolucionario. Los estudios reunidos en este libro no parecen poder alimentar este tipo de esperanza utópica⁸. Sin embargo, en vez de ceder a la tentación –o más bien a la tendencia mediática– de presentar una visión apocalíptica de la vida/la muerte en los barrios marginales de las ciudades latinoamericanas o africanas actuales, hemos buscado introducir aquí, al lado de estudios que documentan e indagan el alto nivel de violencia que existe en tales espacios y también, a menudo, la inoperancia de las medidas que se han tomado para combatirla, otros trabajos que muestran que no

-
8. Žižek (2004): “De fato, é surpreendente quantas características dos favelados correspondem à boa e velha definição marxista do sujeito proletário revolucionário: eles são ‘livres’ no duplo sentido do termo, mais ainda do que o proletariado clássico (‘libertos’ de todos os laços substanciais; obrigados a conviver estreitamente; jogados em uma situação na qual precisam criar alguma maneira de conviver e, ao mesmo tempo, privados de qualquer apoio às formas de vida tradicionais, às formas herdadas de vida religiosa ou étnica). Os favelados constituem a contrapartida da outra classe emergente recente, a chamada ‘classe simbólica’ (formada por gerentes, jornalistas, relações-públicas, acadêmicos, artistas etc.), que também é desenraizada e se enxerga como sendo diretamente universal (um acadêmico novaiorquino tem mais em comum com um acadêmico esloveno do que com negros que vivem no Harlem, a meio quilômetro de distância de seu campus universitário). Será esse o novo eixo da luta de classes ou será que a ‘classe simbólica’ é inerentemente dividida, de tal modo que se possa fazer uma aposta emancipatória na coalizão entre favelados e parte ‘progressista’ da classe simbólica? O que deveríamos estar buscando são os sinais de novas formas de consciência social que vão emergir dos coletivos de favelas –serão eles as sementes do futuro. E isso nos traz de volta ao título –e ao projeto subjacente– do livro de [Timothy Garton] Ash [*The Free World - America, Europe and the Surprising Future of the West*, 2004]: nossa maior esperança de um mundo realmente ‘livre’ está no universo sombrio e triste das favelas”.

todos los jóvenes en situación de miseria absoluta o relativa se dejan arrastrar por el vendaval de la violencia.

Varias contribuciones examinan la relación compleja que hay entre cultura juvenil y violencia; una relación a menudo ambigua que puede llegar –si damos crédito al autor de un artículo periodístico angoleño citado por Francisca Bagulho– a la empatía:

É bem verdade que é difícil estabelecer a fronteira entre os criminosos e aqueles que apenas querem brilhar no mundo da música, já que os dois vivem no mesmo bairro e enfrentam as mesmas dificuldades. Contudo, em alguns casos os cantores estão mesmo relacionados com o mundo do crime, com os seus nomes aterrorizantes, como são os casos dos “Kalunga Mata” ou “Granada Squad”, com as suas músicas repletas de mensagens criminosas, onde enfrentam a polícia, ameaçam rebentar tudo, enfim, deixam claro em que lado estão [...] (*Jornal Angolense*, 2007).

Pero dentro del mismo fenómeno enfocado por Bagulho, el *kuduro*, también surge la crítica social, la exposición de las preocupaciones y las dificultades de la vida cotidiana en una ciudad como Luanda. De hecho, la cultura juvenil urbana se muestra también capaz de generar prácticas que fortalecen la autoestima de los jóvenes estigmatizados y que contribuyen a reducir el espacio de la delincuencia. Según Otávio Raposo, es el caso, en algunas favelas de Rio de Janeiro, del *breaking*:

É na relação com um território marcado pela violência policial e criminal que devemos compreender a adesão desses jovens ao *breaking*, o que torna este estilo um “farol de virtude” que resguarda contra as incertezas da vida. Numa sociedade que os quer condenar à subalternidade, o desejo de ser alguém é parcialmente materializado através da dança⁹.

De modo más general, como sugiere Marta Lança, la expresión artístico-cultural es un recurso que puede fortalecer “la inscripción de los jóvenes como voz activa en la sociedad civil”.

9. Lo mismo se podría decir, sin duda, del *passinho*, una danza (competitiva) que en los últimos años se transformó, en las favelas de Rio de Janeiro, en un fenómeno multitudinario (véase *A batalha do passinho*, filme de Emílio Domingos, Brasil 2013).

En el presente volumen se ha dedicado, como es lógico, un amplio espacio a estudios que analizan la violencia urbana en tanto “construcción social” y que indagan en detalle los discursos –políticos, artísticos, literarios– que existen sobre el fenómeno. Sönke Bauck explica cómo, en la ciudad de Buenos Aires de comienzos del siglo xx, se “construyó” la relación causal entre alcohol y delincuencia. Hermann Herlinghaus, por su lado, problematiza, a partir de una arqueología discursiva, la capacidad del discurso de la modernidad para captar un fenómeno como el que se enfoca en esta compilación. Enrique Flores, Gloria Lorena López y Martín Lienhard estudian la contribución de diferentes medios de la cultura de consumo a la construcción discursiva de la violencia urbana. En toda una serie de otros estudios se analiza, enfocando obras narrativas, testimoniales, poéticas y cinematográficas, la manera cómo sus autores o “editores” representan, traducen o recrean las voces y las actitudes de quienes –fautores y/o víctimas de la violencia– tratan de entender, desde su visión peculiar del mundo y, a veces, desde su lenguaje específico, los procesos de violencia en que se ven envueltos¹⁰.

Sin pretender agotar el debate sobre la violencia urbana juvenil y su relación con el narcotráfico y la drogadicción, este libro reúne, en suma, un número significativo de acercamientos diversos, realizados desde diferentes disciplinas o ángulos en diferentes lugares y apoyados en técnicas de investigación y materiales igualmente diversos.

Bibliografía

- ARTEAGA BOTELLO, Nelson (2002): *Una década de violencia en México: 1990-2000*. Tesis de la Universidad de Alicante.
- BENJAMIN, Walter (1965 [c. 1921]): “Zur Kritik der Gewalt”. En: *Zur Kritik der Gewalt und andere Aufsätze*. Frankfurt: Suhrkamp, 29-65.
- BOURDIEU, Pierre (1993): *La misère de monde*. Paris: Seuil.

10. Trabajos de Annina Clerici, María Victoria Albornoz, Riccardo Badini, Roberto Francavilla y Stefan Hofer.

- BRICEÑO-LEÓN, Roberto (2002): “La nueva violencia urbana de América Latina”. *Sociologías*, IV, 8, julio-diciembre, 34-51.
- DAVIS, Mike (2006): *Planet of Slums*. London/New York: Verso.
- LIENHARD, Martín (2004): *Discursos sobre l(a) pobreza*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- ROTKER, Susana (2000): “Ciudades escritas por la violencia (a modo de introducción)”. En: Susana Rotker (ed.). *Ciudadanías del miedo*. Caracas/New Jersey: Nueva Sociedad/State University, 2-22.
- TAVARES DOS SANTOS, José Vicente (2002): “The worldization of violence and injustice”. *Current Sociology*, L, 1, 123-134.
- ŽIŽEK, Slavoj (2004): “O novo eixo da luta de classes”. Disponible en: <http://www.midiaindependente.org/pt/blue/2004/09/291223.shtml>.
- (2008): *Violence. Six Sideways Reflections*. New York: Picador.